



Tras los versos de Job

Jhon Edwin Trujillo

(...) *La palabra se vuelve punzón, hilillo de sangre o lengua castigada cuando los herederos de la tierra fallecen ante los cercos.*

Gabriel Arturo Castro

Todo lector busca una experiencia significativa con el texto literario. Dicha experiencia está mediada por las íntimas consideraciones que cada sujeto se hace sobre su experiencia como lector: la mía, hallar la singularidad de la palabra. Admito que la anterior afirmación es ambiciosa por cuanto alcanzar como intérprete tal singularidad, requiere, en gran medida, un vasto conocimiento del hecho literario. No obstante me asilo en el pequeño porcentaje que me respalda y que demarca su territorio en la persistente búsqueda

del lenguaje: conciencia del mundo para el hombre.

De acuerdo a los anteriores prejuicios busqué el camino que me permitiera ir, con paso decidido, *Tras los versos de Job* del poeta Gabriel Arturo Castro, obra que en el año 2009 se consagró como Premio Nacional de Poesía Porfirio Barba Jacob. El libro se compone de cuatro momentos: (1. LA ERRANCIA: LENTA GRAVEDAD; 2. REGRESO: MEDIA PALABRA; 3. RESISTIR y 4. EL ANTIGUO SIERVO) que hacen de cada línea poética la configuración de un todo fundamental del arte literario.

Así, vemos que en el primer momento la voz advierte un estado de pregunta, condición que es transversal a todos los poemas, pues cuando *Le preguntamos al tiempo y su sorda desazón* (Castro, 2009, p. 24) la respuesta parece escasear o hablarnos con un tenue tim-

bre imperceptible al escucha. Aquí el enjuiciamiento es para todo aquello que el humano ha construido en su devenir histórico, es por ello que lo sacro no escapa a la duda del poeta, pues él sabe que el hombre ha comprendido –muy a su pesar– que *No basta el carisma de Dios* (Castro, 2009, p.26) y que la sombra no es símbolo de la divinidad que lo acompaña sino, la muerte que sin pudor lo acecha.

El poetizar nos advierte, trazo a trazo, la gravedad del existir, de la pregunta por el ser y que este mismo responde entre el llanto y el encuentro, dado que sabe que *La náusea está a la puerta de la muerte tibia* (Castro, 2009, p.28). Es importante anotar que la voz poética de Gabriel Arturo se pronuncia en primera persona, indicativo de un apersonamiento y responsabilidad con el lenguaje: búsqueda del hombre por el humano.

Avanzando, el segundo momento del libro es un paulatino REGRESO. Allí los pasos son telúricos, advenimiento que nos anuncia que *La sal se vuelve saliva/ la saliva palabra con su mínimo de ceniza* (Castro, 2009, p.36). Las imágenes impresas en la anterior cita son convincentes, pues demarcan el estado naciente del lenguaje y cómo este se transforma en verbo, palabra, voz y grito que vuelve una y otra vez a su estado de *ceniza*, polvo volátil.

Aquí, el hombre poetizado por Castro no es un ser unilateral, por el contrario su vista se apresta a todo y cuanto puede ser alcanzado por la percepción, interroga, como se mencionó líneas atrás, su ser calcinado ante la interpretación de las circunstancias. Noto, que los versos allí inscritos forman un hombre



tríplico, un ser escindido en tres partes que lo hacen, temporalmente, ser pasado presente y futuro.

De tal modo el hombre es siempre un porvenir en la poética de Gabriel Arturo, hombre que pronuncia con total aplomo que *Disfrazo la memoria y/ para vencer al abismo reconstruyo paso a paso la palabra* (Castro, 2009, p.40). Es claro, la reconstrucción de la palabra guía el camino siempre azaroso, plagado de millares de hombres y millares de siglos que se reconstruyen y encuentran que el presente es siempre imperfecto, el pasado la cicatriz que aún permanece húmeda y el futuro el oasis próximo a alcanzar. Leamos:

Sobre la vereda oscura se mueve un hombre
que
lee la tinta opaca del tiempo, un camino de
carbón mal
alumbrado por la candileja.

Rezagada, sin ruido, escuchamos la conversación de un hombre ciego (Castro, 2009, p.37).

El segundo memento finaliza con un reclamo, pues el poeta advierte que hace *Falta la conversación* (Castro, 2009, p.57) que el existir es incompleto sin la vital relación del diálogo. Sí, se reclama el diálogo, volver a emparar las palabras con el exhalar del interlocutor y que estas vivifiquen realidades incompletas de un rostro filial.

En esta dirección se orienta RESISTIR, tercer momento en el que la palabra se niega a palidecer aunque sabe que *El blando murmullo hace las veces de memoria* (Castro, 2009, p. 63). Memoria de quién. Siempre el cuestionamiento, nunca la palabra se admite vacía, sin ser, sin el humano que la engendró. Nunca el cadáver.

A esta altura recuerdo las palabras –siempre punzantes– de Rafael Gutiérrez Girardot, a propósito de la poesía, cuando afirma que *la lírica tiene que ser exorbitante o no es nada*. En efecto la poética de Gabriel Arturo Castro es exorbitante, su palabra es prudente y genera herida ante la condición humana.

Nos resta el cuarto momento, EL ANTIGUO SIERVO que, precisamente, muestra la pru-

dente voz poética de Castro, *Ya es hora. Ya es hora*. (Castro, 2009, p.86) nos dice sin ningún estruendo, pues notamos que al verso no lo acompaña ningún sino complementario que magnifique su sonoridad. Sólo la voz. Sólo el lenguaje. Leamos un fragmento más amplio del último poema citado:

iv

Ya es hora. Ya es hora.

La hora del cínico se abre en la espesura de las máscaras:

La silenciosa procesión de encapuchados, el bufón de la

cara tiznada, el rey de burlas.

La mujer de la venda en sus ojos enseña sus dientes

alambrados.

La calavera está de posada en posada,

De círculo en círculo. (...) (Castro, 2009, p.86)

Tras los versos de job, excepcional encuentro con el arte poético nos invita a valorar el lenguaje literario alejado de todo ornamento, de toda falsa palabra. Nos lleva a comprender que el ejercicio poético devela al hombre, lo interroga al punto de mostrarle que *Las preguntas mueren, sin reconciliación, sin lugar y que la memoria es un suplicio*, pues al principio existió la pregunta, el recuerdo.